

Py Kelly

Leído, el Domingo 12 de Junio de 1932 en casa de Sergio Fernández L. Asistían también Bernardo Leighton, Jorge Rogers, Rafael Richard, Sergio Valenzuela M, Eduardo Frei M, Manuel Garretón W, Antonio Mancilla, Lorenzo de la Maza, Sergio Fernández Walker.

Es doloroso pero innegable que en estos momentos existe entre los católicos tres tendencias bien definidas.

En primer lugar los representantes del espíritu de la Revolución Francesa, es decir, del individualismo y liberalismo político y económico por ella engendrados, partidarios a ultranza de lo existente que consideran impecable, y que desoyen los llamados apremiantes de los Pontífices aferrados de los bienes que poseen y a la situación cómoda en el presente y tranquilizadora en el porvenir que ellos procuran.

En el lado opuesto, otros contaminados quizás inconscientemente con el experimento ruso desearían rechazar de golpe todo un pasado de acción no sólo política sino aun jerárquica del catolicismo y condenar un régimen económico, que como cualquier otro es capaz de satisfacer la justicia según declaración expresa de la Iglesia. Para ellos su preocupación absorbente es el bienestar económico de la muchedumbre olvidando que tanto o más importante es también reconstituir la familia cristiana e infundir respeto a los principios del derecho público muchos de cuyos postulados son preciosas conquistas de largos siglos de civilización incorporadas al haber de la humanidad principalmente a causa de la poderosa influencia del Evangelio.

Entre las dos corrientes - y a tanta distancia de los unos como de los otros - se encuentran los jóvenes católicos que aquí nos reunimos. Ellos quisieran modelar su acción al criterio, a la franqueza, a la ponderación, a la valentía con que están revestidos los documentos pontificios.

En consecuencia opinan.

1º.- Que la decisión en la defensa integral de los principios cristianos, aun cuando a veces no alcance el aplauso de las masas, constituye el único camino para conseguir talvez algo más tardíamente pero sí con mucho más firmeza la adhesión de éstas, y para formar apóstoles de nuestra causa dispuestos a cualquier sacrificio por ella;

2º.- Que, además de imposible, es hipócrita prescindir en absoluto del pasado y significa además una ingratitud para la generosidad y las virtudes de quienes han consagrado su vida al triunfo de la doctrina que sustenta-



mos;

3°.- Frente a la actual cuestión política sostenemos:

La autoridad viene de Dios, pero la designación de quien la ejerce corresponde, entre nosotros, a la Constitución Política. Elegido en conformidad a ella don Juan Esteban Montero Presidente de la República, continúa siendo la autoridad legítima, que no ha perdido porque cuatro sediciosos se han apoderado materialmente de la Moneda, reos ellos - según Leon XIII-, del "crimen de lesa majestad, no solamente humana sino divina". Pero como según nuestra doctrina en un pueblo el mayor mal es la anarquía, debemos someternos sin cooperar a esta Junta de Gobierno manteniendo esta resistencia pasiva en tanto se no presenten posibilidades efectivas de restablecer el régimen constitucional y legal. Este Gobierno es, además, anticristiano porque ha llevado como bandera la lucha de clases y desconoce los derechos inviolables de la personalidad individual;

4°.- Estimamos que sin duda deben realizarse profundas innovaciones en la situación presente pero creemos que nuestro régimen democrático y popular representativo nos suministra la mejor posibilidad de llevarlas a cabo previo un estudio detenido de nuestro medio y de las experiencias realizadas en otros países. Su ejecución corresponderá en especial a la juventud, ajena a muchos odios e intereses, pero sin que pueda prescindirse completamente del valer, experiencia y conocimientos de algunos hombres maduros.

Estas reformas serían en líneas generales.

En el orden político, dar vigor a las municipalidades y asambleas provinciales y propender a la descentralización administrativa para destruir la concentración tan intensa que palpamos de las actividades en Santiago que produce entre otro el efecto desastroso de apoderarse del país entero los audaces que entran a los salones de la Moneda. Así se creará la verdadera vida regional y se formarán en cada ciudad individuos aptos para desempeñar las funciones públicas. Debemos aspirar también a la sustitución del actual concepto atomista de la sociedad política por el organicista y, en consecuencias, implantar necesarios correctivos al sufragio universal y propender a que una de las Cámaras represente la organización de los intereses mientras la otra continúe representando las opiniones.

En el orden social, corregir las funestas consecuencias de la libertad del trabajo por la corporación, que servirá, además, para reemplazar paulatina-



mente el sistema del salario por otro que establezca más estrechos vínculos entre el capital y el trabajo. Conviene ir pronto a la subdivisión de la propiedad agrícola hasta conseguir que cada familia tenga la suya porque dado este paso se opondrá el mas serio obstáculo a la propaganda subersiva.

En el orden económico, robustecer nuestras fuentes productoras y con ello alcanzar a una estabilización de la moneda que se sostenga no con el oro extranjero sino por la vitalidad de nuestro organismo productivo.

Por último, convencidos que el orden moral es el que ha sufrido mas serios trastornos, opinamos que la reforma de las costumbres constituye, de acuerdo con las mismas declaraciones pontificias, nuestra principal y más difícil tarea.

Los adelantos de orden material serán pasajeros si no van unidos a modificaciones espirituales. Nuestra legislación social, en efecto, es de las más avanzadas del mundo y, sin embargo, ella no ha traído al obrero el bienestar que pretende. Nada sólido habremos edificado mientras no infiltremos en todos que las clases sociales si son queridas por Dios, porque se buscan en desigualdades permitidas por El, exigen tambien entre ellas mutua cooperación y ancha puerta para el paso de una a otra de manera que las de arriba se distinguan sólo por el mayor número de obligaciones hacia las demás. Es necesario inculcar la dignidad del trabajo que deben practicar todos los hombres. La familia es la verdadera célula social y todo cuanto tienda a dignificarla es la obra de más valer colectivo. En fin, es imprescindible dedicar el mayor número de nuestras energías a combatir la educación laica, principal culpable del desastre que palpamos, para reemplazarla por la educación cristiana en todos sus grados y para esto debemos mirar la libertad de enseñanza como un medio indispensable.

En síntesis, nos une la siguiente idea común:

Lucha valerosa hasta cualquier renunciamento individual por los principios que están fuertemente adheridos en nuestro espíritu. Pero, en nuestra acción práctica, partimos de la profunda convicción que el hombre y la sociedad son organismos complicados que pueden ser apreciados con justicia por afirmaciones simplistas, rotundas y categóricas. Tratar a individuos y colectividades partiendo de esa base falsa es medio seguro para fracasar en nuestra acción práctica. Las ideas que arrastran deben ser claras, precisas, luminosas.



Los hombres que dirigen necesitan ante todo ser psicólogos para comprender las complejidades que la libertad moral produce en la conducta de los individuos y de las sociedades. Para llegar a un fin es preciso no perderlo nunca de vista, perseguirlo constate y pacientemente, adaptándolo a los medios con que se cuente en un momento dado pero sin escatimar al mismo tiempo sacrificio alguno para alcanzarlo. No son ilusos todos los que van tras un ideal sino quienes no buscan los métodos apropiados para cristalizarlos.

Alejandro Silva Bascuñán

